

Per la fe...

Una aproximación al Antiguo
Testamento bajo la guía del
Esperíto Santo

ENOC

por Antoni Mendoza i Miralles

5

© Edicions Cristianes Bíbliques, 2002

Apartat 10053, 08080 Barcelona-Catalunya (España)

c-electrónico: amm.ecb@teleline.es

Maquetación: AMM, Apartat 2533, 08080 Barcelona-Catalunya (España)

*«Per la fe Enoc fue traspuesto para no ver muerte, y no fue hallado, porque lo traspuso Dios. Y antes que fuese traspuesto, tuvo testimonio de haber agradado a Dios»
(Hebreos 11:5).*

El segundo personaje del Antiguo Testamento del que se nos habla en éste capítulo de Hebreos es Enoc, el “séptimo desde Adán”, como lo llama Judas.

Consideración del personaje

Nuevamente el escritor sagrado, bajo la inspiración del Espíritu Santo, selecciona un personaje concreto de entre todos aquellos que vivieron antes del Diluvio, i éste es Enoc. Otros son dejados de lado, como Set, que ocupó el lugar de Abel, o Enós, en cuya época los hombres comenzaron a invocar el nombre de Jehová.

Enoc fue el séptimo desde Adán. Su padre se llamaba Jared, y su hijo Matusalén. Fue el bisabuelo de Noé, aunque no lo conoció. Cuando nació Adán aún vivía, tenía 632 años, y también Set, que tenía 502 años. La longevidad de los primeros seres humanos permitió la preservación oral de lo que sucedió en el jardín del Edén, bajo la supervisión del mismo Adán; así como el testimonio ejemplar de la corta vida de Abel.

Enoc formó parte de aquellos que comenzaron a invocar el nombre de Jehová sobre la tierra, que se presentan en contraposición al linaje de Caín. Aunque finalmente el linaje de Set se unió con el de Caín, lo que llevó a una situación de pecado tan grande que Dios tuvo que castigar a los hombres con un Diluvio universal, del que únicamente se salvó Noé y su familia más próxima, ocho personas.

Enoc fue padre a los 65 años, y vivió únicamente hasta los 365; y decimos “únicamente” porque el que vivió menos de los primogénitos que se enumeran en el capítulo cinco de Génesis fue Lamec, i murió a los 777 años.

Judas, en el Nuevo Testamento, dice que Enoc fue un “profeta” en su tiempo, transmitió la Palabra de Dios a sus contemporá-

neos, y nos da por revelación directa de Dios, ya que no se encuentra registrada en los libros inspirados del Antiguo Testamento, algunas de las palabras que dijo: “He aquí, el Señor es venido con sus santos millares, a hacer juicio contra todos, y a convencer a todos los impíos de entre ellos tocante a todas sus obras de impiedad que han hecho impíamente, y a todas las cosas duras que los pecadores impíos ha hablado contra él” (Jd 14-15).

Enoc denunció con valentía el pecado de su generación, y les advirtió que serían castigados por Dios, a quién ofendían y contra el que hablaban. Desearíamos saber más sobre el ministerio proféticos de Enoc, pero la Escritura no dice nada más; lo que se destaca de él en el Antiguo Testamento y en Hebreos es que Dios lo trasladó.

Lo traspuso Dios...

La fe en acción de Enoc se evidenció en un hecho excepcional, que “lo traspuso Dios”. La Escritura dice esto únicamente de dos personas, de él y de Elías, pero este segundo no aparece entre los que Dios escogió como ejemplos de la fe en éste pasaje. La siguiente mención de éste hecho la encontramos en el Nuevo Testamento, dónde se nos dice que lo experimentará una multitud, en un tiempo concreto de la historia, y asociado a la segunda venida del Señor Jesu-Cristo para recoger a sus santos.

Dios tiene un interés especial en presentarnos diferentes ejemplos de fe, y comienza con ejemplos de vidas comunes: la de Abel, un pastor que ofreció una ofrenda a Dios, y la de Enoc, un hombre que vivió agradando a Dios. Ni en Enoc ni en Abel encontramos ningún hecho “milagroso”... o ¿no es suficiente milagro estos dos hechos, ser un hombre justo y ser un hombre que agrada a Dios?

Nuestro texto dice que “lo traspuso Dios” para que no viera la muerte. En Génesis dice que “le llevó Dios”, y que desapareció.

Estaba entre los hombres y repentinamente dejó de estar entre ellos, y no fue porque murió, al contrario, Dios de los llevó para que no viera la muerte. ¡Qué hecho tan misterioso! ¿Por qué Dios actúa de esa manera, si ha establecido que la paga del pecado es la muerte y que todos hemos de morir? (Ro 5:12-14; 6:23; He 9:27).

Las Escrituras santos nos dicen que Dios ama tanto a los suyos, que la muerte de sus santos es de estima a sus ojos (Sal 116:15). ¿Tanto amó a Enoc que no “pudo esperar a tenerlo al lado”? Puede ser que ésta expresión no sea del todo acertada, pero ¿cómo explicar las singularidades de amor único de Dios? O tal vez, como creen algunos, ¿Dios tenía un propósito doble en el tiempo para él y para Elías, y por eso de los llevó? ¿Serán ellos los dos testigos de los que se habla en el capítulo 11 de Apocalipsis?

Lo cierto es que Dios se lo llevó, Dios mismo lo traspuso. Fue sacada de una generación que cada vez se alejaba más y más de Dios, que seguía la línea de Caín, en lugar de seguir la línea de Set. Y esto nos ilustra la gran esperanza del creyente en la dispensación de la Gracia, en la época de la Iglesia, puesto que hemos recibido la promesa del regreso de Cristo para llevarnos con él, para arrebatarnos a los creyentes que estemos vivos sobre la tierra cuando venga por los suyos y a resucitar a los muertos (1Ts 4:13-18), para ser “transformados” (1Co 15:51-54) -algo que no se dice en relación a Enoc-. ¿Sabía Enoc que sería trasladado por Dios? Elías si que conocía que Dios lo tomaría (2R 2:9-12), puede que Enoc también, pero no lo sabemos de cierto, aunque nuestro texto en Hebreos parece que nos da indicios al respecto.

Tuvo testimonio de haber agradado a Dios

Pablo insiste en aquello que antes había introducido, para concretarlo. Había dicho que los antiguos recibieron un buen testimonio por la fe. De Abel dice que recibió “testimonio de que era justo”, y de Enoc dice que “antes que fuese traspuesto, tuvo testimonio de haber agradado a Dios”.

Un hombre que vivió agradando a Dios..., para un hecho sencillo, pero es un hecho muy especial. ¿Te has preguntado nunca si vives agradando a Dios? Creo que es una de aquellas preguntas importantes que pocas veces nos hacemos. ¿Cómo puede un hombre, una mujer, agradar a Dios? Ésta palabra únicamente la encontramos en el versículo 6 de Hebreos 11, y en el capítulo 13, versículo 16, dónde Pablo dice: “Y de hacer el bien y de la comunicación no os olvidéis; porque de tales sacrificios **se agrada Dios**”. La palabra de la que proviene aparece en griego en Romanos 12:1-2; 14:18; 2Corintios 5:9; Efesios 5:10; Filipenses 4:18; Colosenses 3:20, y Hebreos 13:21. Sería bueno pararse en la lectura de éstas páginas, para dedicar un tiempo para considerar atentamente las anteriores referencias, aplicando un método sencillo en tres pasos: consideración-reflexión-experimentación.

Génesis nos explica como Enoc agradó a Dios: “caminó... con Dios”, lo que se repite dos veces (Gn 5:22, 24). ¡Eso es formidable! Dios testifica por Isaías que los caminos del hombre no son sus caminos (Is 55:8), por eso Enoc es un hombre excepcional, porque caminó con Dios, lo que quiere decir que transitaba en unos caminos que no son los propios del hombre caído. Forma parte de una estirpe poco numerosa, entre los que vivieron antes del Diluvio únicamente se dice esto expresamente de él y de Noé, su bisnieto. ¿No querrías recibir un testimonio así de Dios? ¡Yo sí! Y que también se diese de un descendiente nuestro... que bendición sería.

¿Cómo caminar con Dios? Consideremos algunas porciones del Antiguo Testamento.

En Génesis 6:9 se habla de otro hombre que caminó con Dios, era “varón justo, perfecto”. La justicia y la perfección son condiciones para poder caminar con Dios, ya que, “¿qué compañía tiene la justicia con la injusticia? ¿y qué comunión la luz con las tinieblas? ¿Y qué concordia Cristo con Belial? ¿o qué parte el

fiel con el infiel? ¿Y qué concierto el templo de Dios con los ídolos?” (2Co 6:14b-16a). Pablo nos indica de parte de Dios, tomando las escrituras del Antiguo Testamento, cómo puede ser eso posible: “Por lo cual salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré” (2Co 6:17). Éstas palabras enuncian una doctrina bíblica muy olvidada actualmente, la doctrina bíblica de la separación de la apostasía u de los apóstatas, separación de sus falsas doctrinas y de su manera de vivir, así como de su compañía en relación a la cosas de Dios.

En Malaquías 2:5-6. el profeta habla de parte de Dios sobre Leví. Leemos que Leví tuvo temor de Dios, que reverenció su nombre, y que la verdad fue en su boca. Pero Dios también nos dice que Leví caminó con él. Este texto nos añade una tercera persona a nuestra lista, la de aquellos que la Escritura dice expresamente que caminaron con Dios: Enoc, Noé, i ahora Leví. Y si hablando de Noé, la justicia y la perfección se han presentado como condiciones necesarias para caminar con Dios, aquí se habla del temor de Dios, de la verdad, de la paz y de la rectitud. La justicia y la perfección, incluye todos estos elementos, es como Dios “camina”, y es como hemos de caminar para hacerlo con él.

Hasta ahora hemos considerado indirectamente las características que evidenciaron aquellos hombres que la Escritura santa nos dice que caminaron con Dios; pero ahora consideraremos un pasaje donde se dice expresamente lo que Dios nos pide para que podamos andar con él. En Miqueas 6:8 el Señor, por su profeta, denuncia la falsa espiritualidad en que entonces vivía el pueblo de Israel. Creían que un cumplimiento formal de los sacrificios era espiritualidad, y que si hacían más sacrificios, mostraban una mayor espiritualidad. Creer que la importancia está más en la forma que en el contenido es un engaño diabólico-carnal. No queremos decir que los sacrificios no eran importantes, y tanto que lo eran, Dios mismo los había establecido y ordenado; pero

el hecho externo requería una realidad interna que lo sustentase. El hombre, en su condición caída, siempre ha parcializado la voluntad de Dios. En ocasiones se enfatiza lo externo, menospreciado la expresión externa correspondiente, como sucede en la actualidad. La adoración a Dios tiene un orden, de dentro hacia fuera, pero la expresión externa requiere un orden que nos ilustra el culto del tabernáculo: reverencia, orden, cuidado de las formas, incluso de la limpieza física, así como del uso de una ropa especial para realizar. Primero hemos de enfatizar la realidad interna, pero no podemos olvidar la dignidad en que ha de manifestarse externamente.

Volvamos a Miqueas 6:8. Dios nos presenta, a los que queremos caminar con él, y aquí se habla de todos aquellos que tienen a Dios como su Dios, tres cosas. La primera habla de hacer, obrar, producir; nos habla de una actividad a la que nos hemos de dedicar y que ha de tener fruto, un resultado evidente: hacer juicio, actuar con justicia, con rectitud. Eso involucra nuestra manera de pensar, los pensamientos. La segunda habla de amar, haciendo referencia a los sentimientos, al corazón. Hemos de amar la misericordia, la bondad, armonizando así el juicio con la misericordia. Esta es la manera de ser y de actuar de nuestro Dios, y no podemos caminar con él de otra manera. No podemos sacrificar una cosa por la otra, las dos han de ser plenamente satisfechas (la Cruz dio satisfacción plena a la justicia y misericordia de Dios, como vemos en el Salmo 85:10). Y la tercera habla de humildad, presentándonos un aspecto singular del carácter de nuestro Dios. Nuestro Dios es Omnipotente, Omnisciente, Omnisapiente... Pero Dios también es un Dios humilde. Consideremos las palabras del Salmo 113, en concreto los seis primeros versículos. El texto nos habla de la grandeza de Dios, y en relación a esa grandeza nos presenta la grandeza de su humillación. Consideremos, a la luz de este Salmo, las palabras de Isaías 57:15: “Porque así dijo el Alto y Sublime, el que habita la eternidad, y cuyo nombre es el

Santo: Yo habito en la altura y la santidad, y con el quebrantado y humilde de espíritu, para hacer vivir el espíritu de los humildes, y para vivificar el corazón de los quebrantados”. ¿Cómo es eso posible? La respuesta la encontramos en el Nuevo Testamento.

Consideremos lo que dice Pablo a los Filipenses: “Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús: el cual, siendo en forma de Dios, no tuvo por usurpación ser igual a Dios: sin embargo, se anonadó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y hallado en la condición como hombre, se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le ensalzó a lo sumo, y dióle un nombre que es sobre todo nombre; para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y de los que en la tierra, y de los que debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, a la gloria de Dios Padre.” (Fil 2:5-11). Aquí encontramos la descripción de la humillación del Dios majestuoso, un hecho que únicamente el Todosabio y Omnipotente Dios puede llevar a cabo, nadie más puede hacer una obra como ésta. ¿No es Jesu-Cristo el Dios humillado? Por eso mismo ya merece la máxima exaltación. La humillación Divina incluye dos momentos: hacerse hombre y morir en la Cruz. La consideración de este tema, santo tema, ha ocupado miles de páginas a santos hombres de Dios en todas las épocas. ¿No se merecer alguna consideración por tu parte y por mi parte?

Este requerimiento a humillarnos para andar con Dios, Pablo lo recoge diciendo: “Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús...”. Si el mandamiento era claro para los santos del Antiguo Testamento, cuanto más ha de serlo para nosotros, que tenemos éstas palabras tan reveladoras, que se añaden a la revelación del Antiguo Testamento. No podemos andar con un Dios que su humilla, a menos que estemos humillados. Estos

son sus pensamientos y sus caminos. Son las características del camino real.

Enoc caminó con Dios, y por eso “tuvo testimonio de haber agradado a Dios”. Dios quiere que tu y yo recibamos el mismo testimonio. ¿Querremos caminar con Dios de acuerdo a las pautas de Dios, a la ley del camino real?

Edicions Cristianes Bíbliques